

el joven Vila á pesar de tener un papel secundario, con su digno continente y sonora palabra, supo sacar todo el partido posible de la representación del noble Barón Dietrich. Iglesias como siempre inimitable. La señora Cavaletti y Jiménez, no dejaron nada que desear. Los coros estuvieron bien ejecutados. El señor Monjardín que hacía el papel de Rouget de Lisle, el protagonista del drama, recibió los merecidos aplausos que nuestro público sabe tributar á los verdaderos artistas.

San José, 24 de julio de 1887.

EMILIO PACHECO.

—:0:—

## A UNA CARTAGUITA

(A G. G.)

Todo en tí me enamora y me fascina:  
tu seductora faz americana,  
tu talle y tu figura soberana,  
tu deslumbrante cabellera *ondina*;

tu voz—que de tu boca purpurina  
como cascada bullidora mana—  
y esa esbelta arrogancia de sulfana,  
que es de una Venus la actitud divina.

Mas nada, nada en mi entusiasmo tanto  
me admira de tus gracias y me asombra,  
como tus ojos en que amor destilas:

que el mismo Dios por aumentar tu encanto,  
en forma de astros condensó la sombra  
y los puso en tus ojos por pupilas!

GRACILIANO CHAVERRI.

Cartago, julio de 1887.

## Una adquisición preciosa

PARA EL

## Museo Nacional.

En la Gaceta del 1º del presente mes se registra un contrato de compra-venta, celebrado entre el señor Ministro de Fomento y nuestro ornitólogo don José C. Zeledón. Por dicho convenio el señor Zeledón vende al Gobierno su colección de aves de Costa Rica, por la suma de mil qui-

nientos pesos, pagaderos por mensualidades de á cien.

Por el conocimiento que tenemos de dicha colección ornitológica, nos creemos autorizados para felicitar al señor Ministro por esa interesantísima compra, que sin sacrificio alguno para el Tesoro Público cimentado nuestro naciente Museo Nacional.

Las cuatrocientas especies de pájaros que contiene el lote á que hacemos referencia, unidos á los que poseía el Museo, forman una colección que si bien no contiene las setecientas especies encontradas hasta ahora en nuestro territorio, se aproxima sí á ser una colección completa, y justo, muy justo es que tratemos de tener y conservar aquí lo mejor en materia de colecciones de nuestros productos naturales. Si el actual Gobierno continúa prestando su apoyo decidido á los trabajos que se ha servido implantar, no estará lejano el día en que no tengan las personas deseosas de conocer nuestras riquezas, que recurrir á museos extranjeros en busca de aquello de que carece el foco de producción. Y por otra parte, la juventud que se levanta tendrá nuevos horizontes abiertos para saciar así su sed de conocimientos que no puede conformarse con el estrecho círculo de la jurisprudencia.

Mucho es el interés que las sociedades científicas se toman por conocer las producciones de todos los países; pero como es muy natural, tienen que conerretar exclusiva atención á sus propios territorios, pues á pesar de los esfuerzos hechos hasta la fecha, esos laboratorios investigadores de la naturaleza, no han podido conocer á fondo las innumerables variedades encerradas dentro de los límites del territorio en que se encuentran implantados.

Ninguna consideración queremos hacer respecto al valor inmenso que encierra el estudio de la Naturaleza, porque sería una sencillez creer que dado el estado de adelanto que hemos alcanzado, pueda haber quienes consideren esos estudios como objeto de entretenimiento y lujo. Cuando los hombres necesitaron buscar su alimentación tuvieron que empezar por distinguir las producciones vegetales y los diversos animales que podían suministrarles sustancias asimilables á su naturaleza, y tuvo entonces nacimiento la agricultura, y su principio la adquisición y dominio de los animales domésticos; cuando se vieron obliga-

dos á proporcionarse utensilios para atender á sus necesidades cada vez crecientes, los vemos dirigirse á las rocas para extraer de ellas los pedernales de que debieran servirse; y más tarde los vemos aprovecharse de los metales, que tenían que sacar del interior de la tierra, para proporcionarse herramientas y armas para hacer prevalecer su autonomía sobre los demás seres vivientes; más tarde aún, estudian los llacimientos de huya para aplicarlos al vapor, cuya vida hasta ahora, son esos inmensos depósitos de vegetales sepultados en las entrañas de la tierra; y últimamente la electricidad en todas sus aplicaciones nos pone de manifiesto que nunca se apreció como fué debido la discusión entre Galvani y Volta, cuando cada uno de ellos estudiando dos reinos diferentes de la Natureleza quería arrancar á nuestra madre el secreto de esa fuerza misteriosa que nos da luz, movimiento y trasmisión á la palabra.

San José, 5 de julio de 1887.

A. A.

### A un botón de rosa.

Botón que apenas naciste  
Del jardín entre las flores,  
Ni disfrutaste de amores,  
Y tus encantos perdiste.

Ni el gorrión ni mariposa  
Tu néctar suave libaron,  
Ni los céfiros besaron  
Tu corola primorosa.

Y ya marchito te ves,  
Deshojado y sin esencia . . . .  
Así es, botón, la existencia,  
La dicha humana así es!

CARLOS A. IMENDIA.  
(Salvadoreño.)

1887.

### Las ilusiones.

Al abrir el hombre sus ojos al mundo, ó por mejor decir, al pasar del estado de niñez al período de la juventud, parece ser que de esta mudanza surgen las ilusiones. Sí; cuando se ha llegado á tomar ente-

ra posesión de las facultades intelectuales, cuando la imaginación ardiente busca afanosa una idea, siquiera sea pasajera, para acariciarla, entonces es cuando se agolpa en tropel á nuestra mente, esa multitud de ilusiones elemento de vida de la juventud y ensueño de sus locas esperanzas; entonces es cuando, al nacer las primeras ilusiones, nacen también con ellas, los primeros desengaños.

¿Qué otra cosa son las ilusiones sino la savia nutritiva de la vida moral del hombre?

¿Cuál sería su fastidio si no fuesen las compañeras inseparables de su infortunio, ayudándole á llevar con paciencia la carga insoportable de la desgracia?

Tratad de hacer conocer á un iluso que sus pensamientos son vanos, fútiles y efímeros, con el propósito de hacerle desistir, y obtendréis por resultado, no otra cosa que su muerte moral; por qué?—porque ellos son el alimento de su espíritu, su sostén, su esperanza; y porque su existencia le sería imposible, difícil de soportar sin ellos: se consideraría como un ser inoficioso en el mundo, que nada tiene que esperar; en una palabra, se consideraría sin porvenir.

¿Quién, cualquiera que sea su situación, no se ha tomado la molestia de procurarse con las ilusiones que pródiga le ofrece su imaginación, un pasatiempo agradable?

¡Desgraciada humanidad! Si es cierto que las ilusiones te causan un placer sin límites, también es cierto que muchas veces, tal vez en el momento en que más feliz te consideras viene de súbito la cruel realidad á sacarte bruscamente del éxtasis en que estabas sumerjida, dejándote tan sólo por recuerdo su desconsoladora verdad.

No hay nada que se multiplique con tanta profusión como las ilusiones; de las muertas surgen otras que corren presurosas á ocupar el puesto que aquellas dejaron vacante al morir; se suceden las unas á las otras como las ondas producidas por una piedra arrojada en mitad de un lago tranquilo; pero todas, casi siempre, como las ondas se deslizan ligeramente hasta estrellarse en la costa de la realidad, en donde encuentran su tumba.

Los más ricos de ilusiones son los pobres; es cosecha que no se pierde jamás; ellas contribuyen en mucho á mitigar y á hacerles más llevaderas las miserias de la